

del rostro divino del Eterno. (1)

CAPÍTULO IV.

LAS DIVINAS PERSONAS.

§ I.

Dios es uno por su esencia; pero no es una sola persona, sino tres; el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. Hé aquí algunos testimonios de la sagrada Escritura que nos prueban esta verdad. (2)

Aparecióse el Señor á Abraham en el valle de Mambré estando sentado á la puerta de su tienda en el mayor calor del dia. Y habiendo alzado los ojos, se le aparecieron tres varones puestos en pié junto á él: y cuando los vió corrió desde la puerta de la tienda, á recibirlos; é inclinóse á la tierra. Y dijo: Señor, si he hallado gracia

(1) Ps. XXXV. 10. (2) San Agustín ha dicho: In illa summa Trinitate tanta est inseparabilitas, ut cum trinitas hominum non possit dici unus homo; in illa unus Deus et dicatur et sit; nec in uno Deo sit illa Trinitas, sed unus Deus. De Trinit. L. 15. c. 23. Y tambien: Nefas est dicere ut (Deus) subsistat et subsit bonitati suae, adque illa bonitas non substantia sit vel potius essentia. . . . Unde manifestum est Deum abusive substantiam vocari, ut nomine usitatore intelligatur essentia, quod vere ac proprie dicitur. id. L. 7. c. 5. Mas San Bernardo nos enseña en que sentido podemos usar ese lenguaje: Crendus est Deus. . . . summa et æterna substantia, non subjecta prædicamentis vocum aut cogitabilium, sed omnium rerum causale efficiens et super essentielle principium. L. 3. c. 10. De Amore Dei. Respecto de esto dice Billuart: Adverte substantiam dici vel á sustentando, vel á subsistendo, seu per se existendo. Si sumatur primo sensu, recte dixit Augustinus, Deum abusive vocari substantiam quia scilicet nullis accidentibus substat. Si sumatur secundo modo, maxime Deo convenit, quia est ens a se. De person, in com. a. 1. Y Cerboni: Quando ad tres personas divinas designandas utimur nomine substantiae, ab illius est notione sècermendum id omne imperfectionis, quod in rebus creatis ipsa substantia habet. De nomin quibus Patres latini vocarunt Personas.

en tus ojos, no pases de tu siervo. Mas traeré un poco de agua, y lavad vuestros piés, y reposad debajo del árbol. (1)

Tres varones se presentaron delante de Abraham, y de ninguno de ellos nos dice la Escritura que fuese mayor que los demas, en la forma, en la edad, ó en el poder; hé aquí, pues, insinuada, visiblemente por medio de la criatura visible, la igualdad de la Trinidad, y la unidad de la divina esencia en las tres personas. (2)

Por el Verbo del Señor se fundaron los cielos, nos dice el Rey Profeta, y por el Espíritu de su boca toda la virtud de ellos. (3) El Señor, su Verbo, su Espíritu, la santa y adorable Trinidad. (4) El Señor, esto es, el Padre, que por medio de su Verbo crió todas las cosas, afirmó los cielos; y con el Espíritu de su boca, el Espíritu Santo, á quien se atribuye la perfeccion de las obras de Dios, los adornó tambien con su virtud suprema. (5)

El mismo Rey Profeta pide al Señor que tenga misericordia y haga resplandecer la luz de su semblante sobre nosotros, y nos mire compasivo; para que conozcamos en la tierra su camino; y concluye: Bendíganos Dios, el Dios nuestro, bendíganos Dios y témanle todos los términos de la tierra. (6) Hé allí al Padre de quien descende toda dádiva excelente y todo don perfecto; (7) al Hijo que se ha hecho especialmente nuestro Dios, por el misterio de su encarnacion; y al Espíritu Santo, un solo Dios con el Padre y el Hijo.

(1) Gen. XVIII. 1.-4. (2) D. August. L. 2. de Trinit. c. 11. (3) Ps. XXXII. 6. (4) Le Blanc. cit: Ita pene omnes interpretes. (5) Gotti. hic. De Trinit. persona. (6) Ps. LXVI. 2, 3, -7, 8. (7) Jac. I. 17.

Abramos ahora, el Nuevo Testamento, y veremos que si allá en los tiempos de las sombras y figuras, al contemplar Isaías la gloria del Señor, y al escuchar el divino canto de los serafines, nos dice que la casa, esto es, la Sinagoga, se habia llenado de humo; (1) en los tiempos de la gracia, San Juan vió unos misteriosos animales, llenos de ojos delante y detras, que cantaban sin descanso: Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios omnipotente; (2) indicándonos lo dicho que en el Nuevo Testamento se nos dan los testimonios más brillantes de la Trinidad de las divinas personas. (3) Pásemos, pues, á orillas del Jordan. Jesus es bautizado, y al instante que sale de las aguas, los cielos se abren, el Espíritu de Dios baja á manera de paloma, y posa sobre Él; y oyesse la voz del Padre que dice: Éste es mi Hijo muy amado en quien tengo puesta toda mi complacencia. (4)

Antes de subir á los cielos el Divino Salvador, y al mandar á sus apóstoles que fuesen por el mundo á enseñar su celestial doctrina, les dijo: Id é instruid á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. (5) Y de este mismo Espíritu Divino, habia dicho tambien su Majestad: Cuando viniere el Consolador, El Espíritu de verdad que procede del Padre, y que Yo os enviaré de parte de mi Padre, Él dará testimonio de Mí. (6)

Tres son los que dan testimonio en el cielo, nos dice, finalmente, San Juan, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son uno. (7)

(1) VI. 4. (2) Apoc. IV. 6,-8. (3) Sylveira. Trac. IX. 9. 9. In. Evang. (4) Matth. III. 16, 17. (5) Id. XXVIII. 19. (6) Joann. XV. 26. (7) I. V. 7.

Las tres personas de la divina Trinidad son iguales: ninguna de ellas precede á las demas en la eternidad, ni las excede en la grandeza, ni las aventaja en el poder. (1) ¿Será mayor el Padre, que su Hijo? Si así fuera, ciertamente lo sería por razon de su grandeza; mas la grandeza del Padre es el Hijo; luégo el Padre no lo excede; así como el Hijo no excede, ni puede exceder su divino y eterno principio: ¿quién excede su misma grandeza? Es, ademas, infinita la grandeza de que hablamos; ¿cómo, pues, el Padre ó su Verbo Divino pudieran pasar más allá? Añadamos que ni existe ni puede existir ese punto: uno y otro por tanto, llevarán sin poderla dejar donde quiera que fueren, su adorable y suprema grandeza. Y hablamos nuestro pobre y humano lenguaje, pues Dios es inmenso, y sin tránsito alguno está en todas partes. (2)

El Padre, pues, y el Hijo son iguales, igualdad que consiste en que ámbos tienen una misma esencia, en la cual no es uno el Sér y otra la grandeza; sino que el Sér es la grandeza misma.

¿Será mayor el Padre porque es eterno? Mas la eternidad es tambien de su Divino Hijo. ¿Ó podemos concebir sin este Hijo, un solo instante, al divino y adorable Padre? ¿Será igual en la sabiduría y podrá dejar de serlo en el poder? mas ¿cómo, la sabiduría pudiera ser igual no siendo omnipotente?

(1) Fulgent. De Fide. ad. Petr. c. 1. (2) Unde ergo major Pater? Si enim major, magnitudine major; cum autem magnitudo Filius ejus sit, nec ille utique major est eo qui se genuit. nec ille major est ea magnitudine qua magnus est: ergo æqualis. D. August. L. VI. c. 3. n. 5. De Trinit.

Por lo mismo, si en alguna cosa el Hijo no es igual al Padre, en nada podrá serlo.

Podemos considerar nuestras virtudes separadamente; pero ellas entre sí no se dividen: por lo cual los hombres que sean iguales en la fortaleza, verbi gracia, lo serán en la prudencia, en la templanza y la justicia; de otra suerte, si alguno aventajase en la prudencia, la fortaleza de los otros sería ménos prudente, y así ya no serían iguales ni en la misma fortaleza, pues ésta, en uno de ellos era más prudente: así podemos discurrir en las demas virtudes. Esto pasa en nuestras almas; ¿con cuánta más razon, y de un modo muy perfecto, tiene lugar en aquella incommutable y eterna sustancia que es una, y simplísima, y que no podemos comparar con nuestras almas! Porque en el hombre no es lo mismo la existencia, que el ser fuerte, prudente, ó justo, pues muchas veces no tiene consigo estas virtudes; mas Dios por su propio Sér, es fuerte, justo y sabio.

El Señor es espíritu; mas sólo el espíritu, en el hombre, es espíritu; sin embargo, si se une al Señor es un espíritu con Él; ¿cuánto más sucede esto, en la divina esencia, donde es absolutamente inseparable y eterna la conexión?

No hay, pues, grandeza alguna en el Padre, que no se encuentre en su muy amado Hijo, con quien tiene un mismo Sér.

Respecto del Espíritu Divino, Esta sagrada persona, ya sea la unidad del Padre y del Hijo, ya la santidad, ó la caridad, ó por tanto unidad, porque es caridad, y esta porque es santidad; es manifesto que el vínculo que une al Padre y al Hijo, no es ninguno de ámbos,

del Padre á su Hijo y de Éste á su Padre; los cuales guardan la unidad del espíritu en el vínculo de la paz; (1) no por participacion, sino por su esencia, ni por el don de algun superior, mas por el propio suyo. Es por lo mismo, el Espíritu Santo, Espíritu del Padre y del Hijo, comun á uno y otro; pero esta comunión es consustancial y coeterna, la cual si puede llamarse amistad, llámese así en horabuena; pero más rectamente se llama caridad, de la que se halla escrito: Dios es caridad. (2) Esta caridad es igual á la sabiduría; que si no lo fuese, la sabiduría tendría que ser ménos amada y no segun la extension de su grandeza. Son por tanto, iguales una y otra, enteramente. Y entónces la sabiduría divina, es tan amada, como debe serlo; mas ésta es igual al Padre; y por lo mismo, el Espíritu Santo es tambien igual; y si es igual lo es en todo, con igualdad perfecta, por la suma unidad y simplicidad de la divina esencia. (3)

En la esencia de la verdad nada puede ser mayor, sino lo que sea más verdadero; ahora bien; en la inte-

[1] Para la mas exacta inteligencia de estas palabras, de San Agustín, oigamos al Dr. Angélico: *Diligere in divinis dupliciter sumitur, essentialiter et notionaliter: secundum quod essentialiter sumitur, sic Pater et Filius non diligunt se Spiritu Sancto, sed essentia sua. Unde Aug. De Trinit. 15. c. 7. ¿Quis audet dicere Patrem nec se, nec Filium, nec Spiritum Sanctum diligere nisi per Spiritum Sanctum? Secundum quod notionaliter sumitur, sic diligere nihil est aliud quam spirare amorem; sicut dicere est producere verbum, et florere est producere flores. Sicut ergo dicitur arbor florens floribus, ita dicitur Pater dicens Verbo vel Filio se et creaturam. Et Pater et Filius dicuntur diligentes Spiritu Sancto, vel amore procedente, se, et nos. 1. p. q. 37. a. 2. in corp. (2) Joann. IV. 16. (3) D. Aug. De Trinit. cit. c. IV. et. V.*

ligencia inmutable no hay gradacion de verdad, porque en ella todo es eterno, inmutable y perfecto; ni lo que en ella misma se llama grande, lo es por otra causa que en razon de la verdad; que aumente la verdad, y la grandeza aumentará tambien: será más verdadero lo que tenga más verdad; así como será mayor tambien lo que más grandeza tenga; y así la verdad y la grandeza guardarán en todo, la más perfecta relacion. Ahora bien, el Padre ni es más veraz juntamente con el Hijo, que el solo Padre, ó el Hijo solo: y en cuanto al Espíritu Divino, que existe con igual verdad, no es el Padre, junto con el Hijo, mayor que el mismo Espíritu, porque ninguno de ellos tiene más verdad, que el que procede de ámbos: Así tambien, el Padre y el Espíritu Sagrado, no aventajando en verdad al Verbo Eterno, tampoco lo aventajan en grandeza; y es tan grande el Hijo y el Espíritu Santo, como el Padre solo, porque todos igualmente tienen la misma plenitud de la verdad. La Trinidad, en fin, es tan grande, como cada una persona, pues no es allí mayor, la que no es más verdadera, allí donde la misma verdad es la grandeza. En la esencia de esa divina verdad, lo verdadero y lo grande es el mismo Sér; la grandeza es por tanto, la misma verdad, la cual teniendo perfecta igualdad, tiene asimismo, igual y perfecta grandeza. [1]

La perfecta igualdad exige el mútuo y perfecto conocimiento de las personas que son iguales entre sí; pues de otra suerte habría diferencia en el conocimiento, y por

(1) Id. L. VIII. c. 1.

lo mismo, relativamente inferioridad ó grandeza en la inteligencia. Pide, además, esa igualdad, la comunicacion entera y recíproca de todos los bienes de las mismas personas. Y por último, la más admirable concordia fundada, por decirlo así, en la unidad del sér y en la identidad de la misma vida. Todo esto lo hallamos en las personas de la adorable Trinidad. Respecto del conocimiento, hé aquí lo que nos dice el Hijo de Dios: Así como el Padre me conoce á Mí, así Yo conozco al Padre. [1]

En cuanto al Espíritu Divino nos dice San Pablo: El Espíritu de Dios todas las cosas penetra; aún las más íntimas de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino solamente el espíritu del hombre que está dentro de él? así es que las cosas de Dios, nadie las ha conocido sino el Espíritu de Dios. (2)

Todas mis cosas, decia tambien el Divino Salvador, oh Padre, son tuyas y las tuyas son mias. (3) En cuanto á la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, sabemos que procede del Padre y del Hijo, y que es el Espíritu de los Dos. Él me glorificará, decia Nuestro Señor, porque recibirá de lo mio. (4)

Finalmente, en cuanto á la santa y adorable concordia de que hablamos, bien sabemos que el Padre todo lo hace por medio de su Verbo. [5] Y no sólo esto, mas tambien, nos dice en el Evangelio el Salvador: El Padre que está en Mí, Él mismo hace conmigo, las

(1) Joann. X. 15. (2) I. Cor. 2. 10. 11. (3) Joann. XVII. 10.
(4) Id. XVI. 14. (5) Id. I. 3.

obras que Yo hago. [1] Y asimismo: En verdad, en verdad os digo, que no puede hacer el Hijo por Sí cosa alguna, fuera de las que viere hacer al Padre; porque todo lo que Éste hace, lo hace igualmente el Hijo: y es que como el Padre ama al Hijo le comunica todas las cosas que hace. [2] Yo sólo hablo en el mundo, decia en otra ocasion el mismo Salvador, las cosas que oí á mi Padre. [3]

Del Espíritu Consolador hallamos escrito lo siguiente: Cuando venga el Espíritu de verdad Él os enseñará todas las verdades; pues no hablará de suyo, sino que dirá todas las cosas que habrá oído. [4]

La union divina: respecto de ella Jesus nos tiene dicho: Yo y el Padre somos una misma cosa. [5] Y tambien: Yo vivo por el Padre. [6]

Lo mismo sucede en cuanto al Espíritu Santo, el cual recibe del Padre y del Hijo; y ¿qué puede recibir esta adorable Persona de las otras Dos, sino la sagrada esencia, con todos sus atributos y divinas perfecciones?

Brilla, pues, en las adorables personas de la Trinidad, la más santa y perfecta igualdad; y sin embargo,

[1] Id. XIV. 10. [2] Id. V. 19, 20. Al oír estas palabras la imaginacion nos representa al Padre obrando, y al Hijo viendo sus obras, casi como un discípulo que se instruye viendo el trabajo de su maestro. Mas es necesario destruir ideas tan mesquinas. Si el Padre obrase primero, y despues de haberlo visto, el Hijo obrase imitándole, seguiríase necesariamente que sus obras estaban separadas; mas la Escritura nos dice que todo lo que hace el Padre, lo hace por su Hijo, sin el cual nada se ha hecho. Y tambien, que todo lo que hace el Padre lo hace juntamente con el Hijo. No se contenta con decirnos que hace todo lo que su Padre; añade que lo hace juntamente, con el mismo poder, la misma sabiduría, y por la misma operacion. Bossuet. Serm. de Trinidad. [3] Joann. VIII. 26. [4] Id. XVI. 13. [5] Id. X. 30. [6] Id. VI. 5.

son Ellas realmente distintas. El ser distintas es para nosotros un objeto de arrobadora y dulce admiracion, pues nos indica la fecundidad de la naturaleza divina. El Padre es infinitamente rico por su divina esencia; ¿quereis la prueba? Contemplad, si os es dado, su divino seno, pues en El están atesoradas todas las riquezas de que hablamos: ¿qué veis en ese seno? Allí se encuentra y está desde la misma eternidad, su Hijo Unigénito, [1] en quien se hallan todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia del Padre. [2] Ese Hijo Divino, de quien está escrito: El Verbo de Dios en las alturas es la fuente de la sabiduría; el cual rebosa en ella, como en agua el Fison y el Tigris, en la estacion de los nuevos frutos; y lo inunda todo de inteligencia, como el Eufrates, y crece más y más como el Jordan, en el tiempo de la siega. Y va derramando la ciencia como la luz, é inunda como el Jehon en la estacion de la vendimia. Y nos dice: Yo la Sabiduría, derramé ríos de agua viva y celestial. Yo como canal de agua inmensa, derivada del rio, y como asequia sacada del rio, y como un acueducto salí del paraíso. Yo dije: Regaré los plantíos de mi huerto, y llenaré de agua los frutos de mi prado; y ved que mi canal ha salido de madre, y mi rio se iguala á un mar: porque la luz de mi doctrina con que ilumino á todos, es como la luz de la aurora, y seguiré esparciéndola hasta los tiempos remotos. (3)

Es, pues, infinita y admirable la riqueza que atesora en Sí mismo el Verbo de Dios, al recibir la plenitud del

(1) Id. I. 18. (2) Coloss. II. 3. (3) Eccl. I. 5, -XXIV. 5, -44.